

VIGENCIA DE DON MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Alberto Benavides Ganoza

Estamos en una época en la que todo parece asentarse plácidamente. Las significaciones más rastreras, más en tierra son las que predominan. Hay, en cambio, épocas de alboroto público que son también época de esperanzas, con frecuencia ingenuas. Hoy lo común es la aceptación perezosa de que mejor es no pensar en materia política. Un macabro consenso hace del pensar una de las cosas de museo, de las que se ocupan ya curadores alemanes y franceses.

Sin embargo, es necesario pensar en todos los órdenes de cosas. González Prada nos señala un modo del pensamiento que despierta con la cotidianidad de la vida. El pensador ético no tiene aquí un tratado previo acerca de estos temas; su pensamiento, sus intuiciones centrales, aparecen en medio de artículos políticos o en la poesía. Su pensamiento discursivo está desperdigado en una obra crítica vinculada al seguimiento de la vida social y política del Perú a la vuelta del siglo. Como Ortega y Gasset, González Prada *no ha escrito nunca para la humanidad*.

La obra de González Prada señala a la necesidad de una calidad superior de la vida y la sociedad humanas. El individuo y la libre asociación de los individuos es el eje de este pensamiento: liberar a la especie, aspirar con la inteligencia y el corazón a un hombre superior que escape a todo oscuro dogmatismo. En el contacto con la naturaleza, en la poesía y en el amor ve González Prada la fuente de toda esperanza. Esas son las fuerzas que podrían elevar la calidad de la vida humana.

Por eso es la poesía cosa tan importante en González Prada. En verdad fue primero que nada un poeta.

*Resignémonos en prosa;
Más en verso, combatamos
Por la azucena y la rosa.*

Don Manuel es una figura, es un caso, y como tal su obra se encuentra por entero entrelazada a su vida. Lo vemos desde muy joven escapando del seminario y sus latines clericales. Familia de beatas es la de González Prada: esto sin duda estimula, como en Nietzsche, el furioso descrédito del cristianismo.



VIGENCIA DE DON MANUEL GONZÁLEZ PRADA

De familia aristocrática, Don Manuel González de Prada y Alvarez de Ulloa, firma Manuel G. Prada. Es detractor de la religión de su infancia, de la alcurnia de su familia y de los intereses de los *blancoides* del Perú. Ataca a curas, militares, senadores, políticos. Pocos, quizás sólo Grau y Bolognesi, quedan indemnes.

Desde temprano González Prada demuestra una vocación científico-tecnológica: cultiva yuca en el valle de Cañete; Don Manuel experimenta en el laboratorio que él mismo ha montado para obtener derivados industriales de esta raíz. Mientras tanto cultiva su vocación literaria y pasa muchas horas en silenciosa lectura. «Pero, ¿por qué reza Ud. tanto Don Manuel?», le preguntaron en una ocasión los peones de la hacienda: quizás señalaban a una verdad profunda. Se trata de un hombre espiritual.

La guerra con Chile interrumpe su pacífica estancia en Cañete. Se enrola y combate en El Pino. Al cabo de la guerra se encierra en su casa. Y después vienen los años de lucha. *Páginas libres* es el testimonio de esta época. Viaja después a Europa. Su posición anarquista se define. *Horas de Lucha* es quizás el libro más representativo del pensamiento maduro de González Prada.

González Prada se muestra como lo que es: no un político sino un investigador de la conducta humana y un pensador ético. Maestro de la sospecha, delator de los vericuetos mentirosos de todo fanatismo, González Prada es un libertario radical que cree en la necesidad de una revolución que no será pacífica. Pero la suya no es la revolución de los burócratas y políticos del socialismo, que consolidan estados sino, por el contrario, la que significa la supresión del estado y la liberación del individuo en una sociedad basada en la libre asociación y el auxilio mutuo.

Nosotros los *ilusos* preferimos una reducida colonia de agricultores holgados y libres, a una inmensa república de siervos y proletarios; nosotros los *utopistas* reconocemos que nada hay absoluto ni definitivo en las instituciones de un pueblo, y consideramos toda reforma como punto de arranque para nuevas reformas; nosotros los *soñadores* sabemos que debe salirse de la caridad evangélica para entrar en la justicia humana, que todos tienen derecho al desarrollo integral de su propio ser, no existiendo razón alguna para monopolizar en beneficio de unos cuantos privilegiados los bienes que pertenecen a la Humanidad entera.

Es a partir de los ideales libertarios que Don Manuel reacciona contra todo dogmatismo, en particular contra el que tiene más cerca: el catolicismo. Defiende los derechos de la mujer y aboga por «la anulación del matrimonio no sólo por mutuo disenso, sino por voluntad de un solo cónyuge».

González Prada se ha nutrido del anarquismo europeo, de aquella «miserable filosofía» que Marx despreció tildándola de «socialismo utópico». Proudhon, Kropotkin, Bakunin son mencionados con frecuencia:

El ideal anárquico se pudiera definir en dos líneas: la libertad ilimitada y el mayor bienestar posible del individuo, con la abolición del estado y la propiedad individual. Si ha de censurarse algo al anarquista, censúresele el optimismo y la confianza en la bondad ingénita del hombre.

La anarquía es el punto luminoso y lejano hacia donde nos dirigimos... Aunque el punto luminoso fuese alejándose a medida que avanzáramos y aunque el establecimiento de una sociedad anárquica se redujera al sueño de un filántropo, nos quedaría la satisfacción de haber soñado. ¡Ojalá los hombres tuvieran siempre sueños tan hermosos!

Pero si buscamos en origen y la médula de esta anarquismo, encontramos simplemente la vieja libertad:

Hay que sanarse y educarse a sí mismo, para quedar libre de dos plagas igualmente abominables: la costumbre de obedecer y el deseo de mandar. Con almas de esclavos o de mandones, no se va sino a la esclavitud o a la tiranía.

Una sola cosa vale: revolucionar las almas. (dice González Prada citando a Ibsen).

Para el verdadero anarquista no hay, pues, una simple cuestión obrera, sino un vastísimo problema social; no una guerra de antropófagos entre clases y clases, sino un generoso trabajo de emancipación humana.

El anarquismo no es el socialismo, y la revolución con la que sueña González Prada es otra. Sin duda se trata de acabar con la propiedad. Como el poder, la propiedad nos infringe el daño de la ilusión y oscurece en general la vida social. «La propiedad es un robo» repite González Prada con Proudhon:

Nos reiríamos de un hombre que dijera *mi* vapor, *mi* electricidad, *mi* Louvre, *mi* Museo Británico; pero oímos seriamente al que nos habla de *su* bosque, de *su* hacienda, de *su* fábrica, de *sus* casas.

VIGENCIA DE DON MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Todo esto no es política sino algo más elevado: un ideal ético. González Prada se declara antipolítico: *¡Guerra a la política!* es uno de sus lemas. El ideal anarquista consiste precisamente con acabar con el estado, desactivar los mecanismos del poder y la dominación que oscurecen la vida libre:

La cordura de un pueblo estriba en el menosprecio a la autoridad.

El hombre verdaderamente bueno y libre no pretende mandar ni quiere obedecer: como no acepta la humillación de reconocer a mos ni señores, rechaza la iniquidad de poseer esclavos y siervos.

A partir de estas convicciones, González Prada se convierte quizás en el más despiadado crítico de la vida nacional:

Si la historia de las naciones cupiera en una sola palabra, la del Perú se encerraría en la voz mentira.

Mientras el indio no asuma sus derechos democráticos plenamente, mientras perdure el sutil racismo de la sociedad peruana, no podremos hablar de un «acuerdo mutuo para la vida».

Crítico feroz de la burguesía peruana, particularmente de la limeña: «Si los limeños creen en la misa, creen también mucho en la plata», dice citando a un viajero francés. Todo ha sido negocio, la inmediatez del negocio.

Pero no es sólo esto, que quizás en una época de retorno al liberalismo económico parezca natural. La cuestión racial aparece involucrada. Una supuesta aristocracia, de por sí mestiza, está sin embargo cargada por la ideología del racismo:

En Lima, donde los más encopetados miembros de la *high life* son hipócritamente blancos, no se imagina oprobio mayor que guardar en las venas un poco de sangre indígena o africana.

Pero sigue siendo verdad que:

Todo el que entra en Lima a un salón aristocrático donde se hallan reunidas diez o doce personas, puede exclamar sin riesgo de engañarse: «Saludo a todas las razas y todas las castas».

Pero la crítica y la negación no es lo principal, si bien González Prada ejercita con gusto su talento literario en estos menesteres. Da rienda suelta a una rabia que en este caso no puede decirse que venga de un *acomplejado*. Pero esto no es lo principal. El ideal es ético:

... ensanchar nuestro corazón de modo que en su amplitud inmensa hallen cabida todos los seres del Universo.

Es el poeta el que habla en última instancia. Y así González Prada que no es sospechoso de querer edificar cristianamente puede decir que «San Vicente de Paul cobijando a un niño vale más que Napoleón ganando la batalla de Austerlitz». Curiosa afirmación viniendo de un enemigo radical del cristianismo.

El paganismo es la religión que González Prada admira. Quizás sintiéndolo más lejano, admira también al Budismo. La glorificación neurótica de la muerte nos viene con el Cristianismo. El paganismo es un «himno a la vida»:

Bien sabemos como se sufre, como se muere; y si aún lo ignoramos, ya lo conoceremos pronto: necesitamos aprender como se goza, como se vive.

El amor a la vida se expresa con particular belleza en este pasaje de *Horas de Lucha*:

Quien no ama ni compadece a los animales no ama tal vez ni compadece mucho a los hombres. Huyamos de la casa donde no hay *bocas inútiles*, quiero decir, donde no trina un pájaro, no salta un gozque ni se despereza un gato. Hogar de sólo hombres, hogar en que algo falta aunque hormigueen los niños y perduren los abuelos: el animal completa la familia. Guardémonos del individuo que nunca tuvo un perro... Abrazaríamos a San Francisco de Asís cuando pone en libertad a las palomas y trata de hermanos al lobo, al pez y a la golondrina. El Buda nos infunde admiración casi divina por su inmensa caridad; y Jesucristo nos parecería más grande, si en alguna de sus peregrinaciones le divisáramos seguido de un perro.

Es de nuevo el poeta quien habla. Pero el poeta, el pensador y el crítico son uno y el mismo. Del mismo aliento brota una y otra cosa. Es de una experiencia pagana de la naturaleza y del amor de donde surge la poesía de González Prada.

VIGENCIA DE DON MANUEL GONZÁLEZ PRADA

Veamos unas pocas líneas. En un poema de *Minúsculas* dedicado a la naturaleza dice:

Madre fecunda, sin nacer existes;
Fénix divino, sin morir renaces.

El paganismo es la religión de la naturaleza:

Sordos, oid la dórica armonía;
Abrid los ojos, corazones ciegos:
Ved como arrojan néctar y ambrosía
Los Dioses griegos.

Pero también la poesía encontramos el grito de guerra esencial del pensador ético:

¡Hacia la luz, oh pensamiento!
¡Hacia lo grande, oh corazón!
Por el glorioso firmamento
¡Hacia la luz, oh pensamiento!
Guerra al menguado sentimiento,
Culto divino a la Razón:
¡Hacia la luz, oh pensamiento!
¡Hacia lo grande, oh corazón!

Creo que lo dicho bastará para mostrar la vigencia de González Prada en la medida que el ideal libertario se mantiene como un reclamo de la razón. En él tenemos a un peruano que se reveló a las claras y desde un punto de vista universal y veraz frente a la mediocridad de la vida nacional.

Don Manuel González Prada pertenece, con sobrada razón, a la lista de los faros indiscutibles de nuestra literatura, que comienza con el Inca Garcilaso. El modo de ser de su pensamiento es con frecuencia el de una furiosa crítica social. Podemos imaginar Lima a fines del siglo pasado y comienzos del presente: Don Manuel cargó las baterías. Pero aun en sus escritos políticos más maliciosos se siente el alma tierna del pensador y del poeta. Su poesía como su prosa son canteras de un pensamiento finísimo, no exento de rabias. Que tal figura haya aparecido precisamente en la cortesana Lima es quizás un milagro.

González Prada no aspira en su literatura a hacer obra científica; sobre todo su obra en prosa es una especie de casuística ético-política que resulta altamente aleccionadora. González Prada sigue vigente porque pensó por sí mismo y nos dio un ejemplo de lo que significa pensar realmente en el Perú. □